Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

JESUCRISTO

¿Quién es y qué nos dice?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

I.S.B.N : 84-7770-256-X
Depósito Legal: B-8739-95
Impreso por BIG, S.A.
Industria Gráfica

PRESENTACIÓN

En la Biblia, que es la palabra de Dios escrita, hallamos muchos testimonios que nos revelan la personalidad de Jesucristo. Lo sobrenatural que advertimos en su vida, nos muestra lo que es Él y lo que obra en la humanidad.

Los milagros y las profecías que hizo (muchos de ellos los podemos ver consignados en los Evangelios), así como su santidad singular y la exención de todo pecado (pues sólo Él, por ser la suma inocencia y santidad, pudo hacer este reto a sus enemigos: «*¿Quién de vosotros* me argüirá de pecado? Jn. 8,46)... ¿qué cosas nos dicen tales milagros? Sencillamente, nos dicen que Jesucristo no es un simple hombre, sino muy superior a todos los hombres... es Dios.

He escrito ya dos libros, cuyos títulos son: «¿QUIÉN ES JESUCRISTO?» y «LECCIONES DE JESUCRISTO» (30 me-

ditaciones basadas en la Biblia), en las que hablo del mismo Jesucristo, de su divinidad y de sus principales enseñanzas; mas en éste quiero particularizar más las cuestiones tratadas en aquellos, fijándome sobre todo en el nombre de JESÚS, en sus nombres propios, demostrando que Él es el Mesías y Dios porque todas las profecías del Antiguo Testamento que voy aduciendo se cumplen en Él, o sea, en Jesucristo, cuya misión fue redimir a los hombres.

Después continuo particularizando lo relativo a su personalidad y doctrina para que mejor conozcamos al que es nuestro modelo, el que se nos presenta como Camino, Verdad y Vida, y también como Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y nos dice: *«Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»* (Jn. 8,12).

Este libro contiene, pues, dos partes: 1ª ¿Quién es Jesucristo? y la 2ª qué es lo que nos dice, o sea, cuáles son sus enseñanzas, las que voy exponiendo con muchísimos ejemplos.

¡Cuántos se llaman cristianos y no conocen a Cristo! Mi deseo es darlo a conocer más y más, porque Él es nuestro único

Salvador, y Él es *«en quien tenemos la redención y la remisión de nuestros pecados»* (Col. 1,14).

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 1 mayo 1994

Primera Parte

JESUCRISTO, ¿QUIÉN ES?

1

El nombre de JESUCRISTO

Al hablar de Él lo designamos con diversos nombres, y conviene sepan todos que JESUCRISTO es nombre compuesto de JESÚS = Salvador, y de CRISTO (palabra griega, en hebreo MESÍAS = Ungido). Y por eso unas veces le llamamos JESÚS, otras CRISTO, otras EL MESÍAS, otras JESUCRISTO y otras EL SEÑOR (lo que equivale a llamarlo nuestro DIOS, pues a Dios se le designa en el Antiguo Testamento con la palabra «Señor».

Antes de la Encarnación se llama VERBO (Palabra del Padre), y después de la Encarnación se llama JESÚS = Salvador, porque vino a salvarnos.

2

El nombre de JESÚS

JESÚS es el nombre empleado ordinariamente por los Evangelios para designar a Cristo, el Mesías, y relatar su actividad. Aunque algunas veces se le llama «rabbí», el Maestro (;c. 4,38; 5,35) y otras veces «Señor» (Mt. 21,3; Lc. 7,13), sin embargo, los Evangelios hablan siempre sencillamente de JESÚS.

3

A los ocho días de nacer un niño, cuando, según prescribía la ley, debía ser circuncidado, se ejecutaba dicha circuncisión imponiéndole un nombre, y por lo mismo al Hijo de la Virgen se le puso el nombre de JESÚS.

Este nombre le fue impuesto no al acaso ni por voluntad humana, sino por divina ordenación del cielo antes de su nacimiento. Es el ángel Gabriel quien primero se lo anuncia a María: *«Darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre JESÚS»* (Lc.

1,31). Después a José, en el sueño misterioso que disipó todas sus dudas acerca de la Virgen: *«Darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre JESÚS, porque salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,21).

4

Muy oportunamente comenta el exégeta, Maldonado; «Del cielo venía el niño a quien se le ponía nombre en el cielo. Observamos, pues, que a todos los niños nacidos milagrosamente se les impone el nombre, milagrosamente también antes de que nazcan». Así Isaac: *«De cierto que Sara, tu mujer, te parirá un hijo, a quien llamarás Isaac, con quien estableceré yo mi pacto sempiterno, y con su descendencia después de él»* (Gén. 17,19).

Así también Juan el Bautista: *«Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, al que pondrás por nombre Juan»* (Lc. 1,13).

5

Dios-Salvador. El nombre dado al Divi-

no Niño se presenta en hebreo bajo dos formas principales: *Yehosuah* y *Yehsuah.* Esta es forma apocada de aquella, que a su vez es más completa y antigua, y ambas significaban «Dios-Salvador», según explica el ángel mismo, cuando añade: *«porque salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,21).

El Mesías se llama Jesús. Es el nombre glorioso traido a la tierra por los ángeles antes de que Jesús fuera nacido (Lc. 2,21). Jesús es Salvador, el único Savador: *«Os comunico una grande alegría..., os ha nacido el Salvador»* (Lc. 2,10-11).

Notemos que el texto sagrado no dice: *un* Salvador, sino *el* Salvador. Es, pues, el único que merece tan dulce y suspirado nombre. San Pablo dirá: *«Apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios nuestro Salvador»* (Tit. 3,4). Jesús es el único Salvador, porque es el Salvador de todos los hombres.

6

Los que la historia llama salvadores, aun aceptando que los sean, son siempre salva-

dores de un grupo, de una clase, de una nación entera si quieren, pero a costa de la desgracia del grupo, de la clase o de la nación enemigo y opresora.

Cristo viene a salvar a todos. Un Salvador de toda la humanidad es idea que no cabe en nuestros mezquinos corazones y menos podía caber en la estrecha mentalidad judía, que esperaba un Salvador de raza, nacional, para ellos, que labrara su felicidad a costa de la esclavitud o desventura de otros pueblos...; más sólo Jesús es el Salvador universal, pues como dice San Pablo: *«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»* (1 Tim. 2,4).

Nosotros, como los samaritanos, hemos de decir: *«Nosotros hemos oído y visto que éste es el Salvador del mundo»* (Jn. 4,42).

7

«Nombre sobre todo nombre»

El nombre de JESÚS merece especial reverencia, porque ha venido a ser *«el nombre sobre todo nombre»*. San Pablo lo pro-

nuncia a cada instante. En sus catorce epístolas repite este sagrado nombre doscientas diez y nueve veces, y hablando de Cristo Jesús, dice:

«Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo ensalzó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de JESÚS se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos» (Fil. 2,8-10).

En estas palabras podemos ver el origen, la causa y la gloria o excleencia del nombre de Jesús.

1) *Su origen.* Viene del cielo, pues Dios le dio el nombre sobre todo nombre.

2) *Su causa.* La causa de su ensalzamiento fueron sus humillaciones: «se humilló a sí mismo hasta la muerte» por nuestra salvación.

3) *Su gloria.* Esta aparece en la palabra *«sobre todo nombre»*, pues ante Él doblarán todos la rodilla y será adorado por todos los del cielo, la tierra y los infiernos, y «toda lengua confesará que *Jesucristo es el Señor»* lo que equivale a decir que «Jesús es Dios».

8

Muchos son los nombres del Niño-Dios que convergen en el de Jesús. El profeta Isaías predijo que había de ser llamado con muchos nombres, y alabando a Dios decía: «Nos ha nacido un Niño. Nos ha sido dado un Hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y *se llamará Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz»* (Is. 9,6).

Santo Tomás de Villanueva comenta este pasaje, y refiriéndose a San Bernardo, dice: «Grandes nombres, en verdad, pero ¿dónde está el *nombre* que es sobre todo *nombre*? ¿Por qué se ha olvidado de un nombre tan grande? No me quedo satisfecho si no escucho este nombre». Mas ¿pensamos nosotros que Isaías se olvidó de un nombre tan sagrado y tan propio? No. Todos estos nombres están comprendidos en este único de Salvador, esto es, Jesús, como el mismo San Bernardo demuestra.

Y Fray Luis de León en su obra «Los nombres de Cristo», dice que todos los nombres de Cristo se cifran en éste... Si le faltara uno de sus títulos no sería totalmente nuestro Jesús», es decir: En todos estos

nombres tenemos un solo Jesús, el que no podría en manera alguna llamarse o ser Salvador si hubiera faltado uno de ellos.

9

Jesús se llama Emmanuel

El profeta Isaías dice: «*Ved que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo que ha de llamarse Emmanuel*» (7,14), es decir, Dios con nosotros, Dios es nuestro, nos pertence. ¿Qué significa, pues, Emmanuel? Significa «*Dios con nosotros*», el Dios fuerte que combatirá y vencerá al demonio, la carne, el mundo, el pecado y todos los enemigos. ¿Quién es Emmanuel? Es el Admirable, el Consejero, el Dios, el Poderoso, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz y el Ángel del gran consejo», dice Isaías (9,6).

¿Quién es Emmanuel? Es el Señor grande, infinitamente digno de alabanzas, que se hace niño por nosotros y niño infinitamente amable (Alápide).

10

¿Quién es Emmanuel? Es nuestro Dios, que ha preparado la tierra desde la eternidad, que envía la luz y la quita, y ésta le obedece temblando, dice el profeta Baruc. Es el Dios que ha colocado las estrellas que esparcen su claridad en distintos lugares. Es el nuestro Dios, y ningún otro puede anteponérsele.

¿Quién es Emmanuel? Es Jesús, nuestra redención, nuestro amor, nuestro deseo, el Dios Creador de todas las cosas, que se hizo hombre...

¿Quién es Emmanuel? Es el pequeño niño de Belén, que, echado en un pesebre, reina al propio tiempo en el cielo; es el Verbo hecho carne; es la palabra de vida, que, según el apóstol San Juan, existió desde el principio, y que hemos oído, visto y tocado; es el Verbo de vida (1 Jn. 1,1).

¿Qué significa Emmanuel? Significa, dice San Pablo, el gran misterio de piedad, Dios manifestado en la carne, justificado en el espíritu, descubierto a los ángeles, anunciado a las naciones, creído en el mundo, y levantado en la gloria (1 Tim. 3,16).

11

¿Qué significa el nombre de Jesús?

El nombre de Jesús quiere decir Salvador y Redentor. San Epifanio dice: «En lengua hebraica *Jesús* significa *el que cura,* o sea, médico y salvador». el mismo ángel Gabriel dio este sentido al nombre de Jesús, diciendo a José: *«José, hijo de David, no dudes en tener a María por esposa, porque lo que en ella ha nacido, es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo a quien darás el nombre de Jesús, pues Él salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,20-21). No hay salvación más que en Jesús de Nazaret, dice el apóstol San Pedro, *ni se ha dado bajo el cielo, ningún otro nombre a los hombres, por cuyo medio podamos salvarnos»* (Hech. 4,12).

Con su humildad y obediencia hasta la muerte, Cristo mereció el sublime nombre de Jesús, que es el título de Salvador y de Redentor.

12

El nombre de Jesús ¿es superior al de Yahvé o Jehová?

A esta pregunta voy a contestar con palabras del gran escriturista Cornelio Alápide: El nombre de Jesús es superior al de todos los hombres, porque es el nombre propio del Verbo encarnado. El nombre de Jesús es, hablando de una manera absoluta, más grande, más santo y venerable, que el mismo nombre de Dios, el nombre de Jehová.

Jehová significa, en efecto, Dios en el sentido de Creador y Señor; pero Jesús significa Dios como Salvador y Redentor. Y como el beneficio y la obra de la redención son una obra y un beneficio más grandes que la creación, el nombre de Jesús es más santo y venerable que el nombre de Jehová. Por este motivo exclama la Iglesia con San Gregorio Magno: El nacimiento del hombre nada era sin la redención. Añádase que el nombre de Dios Redentor comprende el nombre de Dios creador, mientras que el nombre de Dios creador no comprende el nombre de Dios redentor; pues la redención

presupone la creación y la creación no presupone la redención.

Jehová significa *el que es;* y es en realidad, y por esencia el mismo nombre que se dio Dios, diciendo a Moisés: *«YO SOY quien soy»* (Ex. 3,14).

13

Jesús significa *el que crea y salva* a los que están perdidos, el que los vivifica, justifica, beatifica y edifica. Jehová es el manantial y el principio del ser; Jesús es el manantial y el principio de la gracia, de la salvación y de la gloria. Jehová es el vencedor, el dominador de Faraón y del Egipto; Jesús es el vencedor, el dominador del demonio y del infierno.

Jehová es el legislador de los judíos, el autor del Antiguo Testamento; Jesús es el legislador de todos los cristianos, el autor del Nuevo Testamento. Jehová conduce a través del mar Rojo a los judíos hasta la tierra de Canaán; Jesús, a través de las olas de su sangre, con la que nos bautiza y nos lava, nos conduce al cielo.

El que blasfema del nombre de Jesús,

peca más gravemente que si lo hiciera del nombre de Dios.

14

El nombre de Jesús es precioso, consolador y ventajoso en todo

San Bernardo exclama: ¡Oh bendito nombre, bálsamo precioso derramado en todos los lugares! ¿Desde cuánto tiempo está este nombre venerado en el cielo, en la Judea y de allí a la tierra toda? La Iglesia levanta la voz de un extremo a otro del universo, y dice: Vuestro nombre, oh Jesús, es un bálsamo dulce y suave derramado, y espléndidamente derramado por todas partes. No sólo llena el cielo y la tierra, sino que penetra hasta en los infiernos; de tal manera que al nombre de Jesús se doblan todas las rodillas. Confiese toda lengua y diga: Vuestro nombre es un óleo delicioso derramado con abundancia en todos los lugares.

15

Hay dos nombres que llevan consigo la paz, el orden, la armonía, la virtud y la dicha: tales son los dulces y poderosos nombres de Jesús y de María...

El santo nombre de Jesús, 1°, calma todas las tempestades, y apacigua todas las pasiones...; 2°, derrama la gracia y la misericordia...; 3° alimenta el alma y la abrasa con el amor del cielo...; 4° trae inefables y divinos consuelos...; 5° da una buena reputación...; 6° hace desaparecer la tristeza y alegra el corazón...; 7° fortifica a los mártires y a todos los fieles que combaten por la fe, y corona a los vencedores...; 8° cura todas las llagas y enfermedades del alma y del cuerpo... 9° encadena al demonio el mundo y la concupiscencia de la carne...

Y San Juan Crisóstomo dice: El nombre de Jesús y el poder de la cruz son para nosotros encantos espirituales. No sólo arrojan al dragón de su caverna y le precipitan al fuego, sino que curan también las heridas que ha hecho a nuestra alma. El nombre de Jesús es terrible para los demonios, y saludable para calmar nuestras agitaciones y devolvernos la salud. Se, pues,

nuestro adorno y protéjanos como una muralla.

16

Otros testimonios: Orígenes dice: Hay en el nombre de Jesús tanta fuerza contra los demonios, que al pronunciarlo se consigue el deseado efecto. Es lo que enseñaba Jesucristo, diciendo: *«Muchos en el día del juicio me dirán: Hemos arrojado los demonios en tu nombre».*

«Nos basta pronunciar el nombre de Jesús para hacernos respetar en sumo grado por nuestro adversario» (Teodoreto).

San Ignacio de Loyola no quiso dar a su congregación su nombre, sino el de Jesús, a fin de aquel nombre fuese un estímulo que la llevase a obrar siempre con energía y arrastrar los suplicios y la muerte. Y por llevar tan divino nombre, esta admirable sociedad no ha dejado ni dejará de ser uno de los principales baluartes y adornos de la Iglesia de Jesucristo, a pesar de todos los esfuerzos satánicos...

Jesucristo, dice San Agustín, ha venido a constituirse fortaleza nuestra en presen-

cia del enemigo; cuidad de que no os hiera el demonio, y refugiaos en la fortaleza. Los dardos de Satanás jamás alcanza allí; allí seréis protegidos y estaréis seguros.

Con la invocación del nombre de Jesús se consigue toda su protección y todos los auxilios dignos de desearse... Y así sucederá, dice el profeta Joel: *«Quienquiera que invoque el nombre del Señor, se salvará»* (2,32).

17

El nombre de Jesús significa: 1° que de Él nos vienen todas las gracias; porque la salvación que nos ha traido el Salvador contiene todos los dones de Dios y todos los bienes... Jesús es el que con su sangre borra todas las manchas de nuestros pecados; Él es quien calma los ardores de la concupiscencia y rompe las cadenas de los malos hábitos...

2° El nombre de Jesús significa no sólo la salvación que nos ha dado, sino también la manera excelente y admirable con que nos ha salvado. No se nos ha redimido con una palabra, como cuando se nos creó, sino

que tomó sobre sí nuestras enfermedades para curarnos de ellas; tomó sobre si nuestros pecados y los expió con penas durísimas. Aceptó la muerte a que estábamos condenados, para matar nuestra muerte y darnos la gracia de la vida y de la gloria.

Cuando pronunciamos el nombre de Jesús, expresamos que el Verbo se ha hecho carne para nosotros, que ha nacido en un establo, ha sido circuncidado, trabajó, ha sudado y llorado, coronado de espinas y clavado en una cruz...

Por esto el nombre de Jesús es infinitamente amable, y estan digno de que los hombres y los ángeles le veneren y adoren; por esto le temen infinitamente los demonios, de tal manera, que cuando lo oyen, se estremecen de espanto y huyen...

18

Nombres propios de Jesucristo

Los nombres propios que reflejan perfectamente su esencia y sólo le convengan a Jesucristo, son: Verbo, Hijo y Salvador.

1) *EL VERBO.* Verbo equivale a Pala-

bra, Imagen, Idea del Padre. De él dice San Juan: *«Al principio era el Verbo... y el Verbo era Dios... y todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho»* (Jn. 1,1-3).

El Padre, al conocerse a sí mismo, da origen a una idea tan perfecta y semejante que es en todo exactamente como Él, y tan intensamente y viva que constituye otra persona viviente. Por su intensidad esta idea es una persona viva y distinta del padre; su semejanza es tan exacta, que es infinita, omnipotente, santa; en suma tiene su misma naturaleza.

La perfección del Verbo estriba, pues, en ser en todo igual que el Padre que le dio origen como a una idea, y a tan alto grado llegó esta igualdad, que aun oculto bajo los velos de la carne, pudo decir: *«Felipe... el que me ha visto a mi, ha visto al Padre»* (Jn. 14,9).

El Verbo es la Palabra del padre, que se encarnó: *«Y el Verbo se hizo carne=hombre...»*.

19

2) *EL HIJO DE DIOS.* Con cierta frecuencia aparece esta expresión en el Nuevo Testamento. San Pablo llama a Jesucristo *«hijo propio de Dios»* (Rom. 8,32). Dios Padre llamó a Jesucristo, Hijo suyo, en el bautismo y en la transfiguración del Señor: *«Este es mi Hijo amado»* (Mt. 3,17; 17,15), y San Pedro lo llamó *«Hijo de Dios vivo»* (Mt. 16,16).

Jesucristo tuvo dos nacimientos: *Uno eterno,* porque Él viene del Padre desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa «Nacido del Padre antes de todos los siglos», y nace del padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso el Hijo de Dios se llama también Verbo o palabra eterna del Padre.

Otro temporal, porque *«cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer»* (Gál. 4,4).

El Hijo de Dios (su Verbo o Palabra eterna) tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

La expresión «Hijo de Dios» equivale

a decir que Jesucristo es Dios, por participar de la misma naturaleza divina, así como el *hijo natural de un hombre es hombre.*

20

3) *EL SALVADOR.* Jesús se nos revela como Salvador mediante actos significativos, y así vemos que Él salva a los enfermos curándolos (Mt. 9,21; Mc. 3,4) y salva a Pedro, caminando sobre las aguas y a los discípulos sorprendidos por la tempestad (Mt. 8,25; 14,30).

Lo esencial es creer en Él. La fe es la que salva a los enfermos (Lc. 8,48; 17,19; 18,42). Mas no hay que limitarse a la salud corporal. Jesús aporta a los hombres una salvación mucho más importante, y así vemos que la pecadora se salva porque le perdona sus pecados (Lc. 7,48ss)... y dice que el que creyese el Evangelio y se bautizare se salvaría (Mt. 16,15-16), y que había que hacer penitencia a tiempo si no quiere uno perderse (Lc. 13,3-5), e ir por el camino estrecho para pertenecer al número de los salvados (Mt. 7,13-14)... y como camino seguro de salvación cumplir los manda-

mientos: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17) pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14).

21

Jesús es el Mesías

He aquí las razones que tenemos para decir que Jesús es el Mesías: 1ª Porque el mismo Jesús dijo que Él era el Mesías. En el coloquio que Él tuvo con la samaritana, ésta le dijo: *«Sé que está para llegar el Mesías (el llamado Cristo), cuando Él venga nos instruirá en todo»*. Jesús le dijo: *«Yo soy, el que habla contigo»* (Jn. 4,25-26).

2ª Estando Jesús ante el tribunal del sumo sacerdote Caifás, éste le dice: *¡Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tu eres el Mesías, el Hijo de Dios! Jesús le contestó: «Tú lo has dicho. Además os digo que ya veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo»* (Mt. 23,63-64).

3ª Los ángeles, en el nacimiento de Je-

sús, lo anunciaron como Mesías, Señor y Salvador (Lc. 2,10).

4ª El mismo Jesús también lo demostró con sus milagros. Juan el Bautista estaba en la cárcel, y al oír de las maravillosas obras de Cristo, le envió a decir por sus discípulos: *«Eres tú el que ha de venir»,* esto es, el Mesías, el rey de Israel anunciado por los profetas, o esperamos a otro? Jesús en vez de una larga respuesta, les muestra los milagros que estaba haciendo cuando ellos llegaron, y les dice: *«Id y contad a Juan lo que oís y véis: Los ciegos ven, los cojos andan, etc.».* De este modo les prueba que Él es el Mesías.

22

5ª Jesús demostró claramente que Él era el Mesías porque en Él se cumplen las profecías hechas en el Antiguo Testamento:

Podemos decir que de nadie se ha escrito su vida antes de nacer, nada más que de uno, de Jesucristo. Ha habido hombres célebres, fundadores de religiones como Buda, Confucio, Lao-Tse, Mahoma y otros, pero no vemos que haya habido predicado-

res acerca de su venida y su mensaje; pero si las hallamos y muchas acerca de Jesús de Nazaret, pues en Él se cumplen, y por eso Él dijo: *«Investigad las Escrituras, porque ellas dan testimonio de mi»* (Jn. 5,39).

23

Las profecías que tenemos en el Antiguo Testamento prueban que Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías porque se cumplen en Él. Además nos demuestran que Él es Dios, y porque en ellas se nos anuncia el porvenir, y sólo Dios conoce las cosas futuras, tenemos que lo escrito en la Biblia es una escritura divina. Veamos algunas de estas profecías:

1ª Profecía: El cetro, dice el patriarca Jacob, no saldrá de Judá, ni el cetro de su posteridad, hasta que venga el que debe ser enviado, aquel a quien esperan las naciones (Gén. 49,10). El cetro ha permanecido, en efecto, en la casa de Judá hasta Jesucristo, desapareciendo entonces para siempre.

2ª Profecía: El Mesías debía ser de la nación judía, de la raza de David. Toda la Escritura está llena de las promesas hechas

por Dios a David, a Abraham, a Isaac y a Jacob, y Jesucristo es llamado siempre hijo de David. Ya en la partida de nacimiento de Jesucristo, al comienzo del Evangelio de San Mateo, se nos dice: *«Genealogía de Jesucristo, hijo de David...»*.

3ª Profecía: El profeta Isaías (7,14) (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mateo (1,22-23) lo vemos cumplido: *«Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta que dice: He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un Hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel»*.

24

4ª Profecía: Miqueas 5,2 (profecía escrita siete siglos antes), compárese con Mt. 2,3-6 y veremos que al preguntar Herodes donde debía nacer el mesías, los príncipes de los sacerdotes y escribas contestaron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta»*.

5ª Profecía: «He aquí, dice Isaías, que vuestro mismo Dios viene y os salvará.

Entonces los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se abrirán...» (35,4-6). Jesucristo obra todos estos milagros. Basta recordar las palabras que Él les dijo a los enviados por Juan cuando estaba encarcelado: *«¿Eres tu el que ha de venir?»,* ¿eres el Mesías o esperamos a otros?: Esta fue la respuesta: *«Id decid a Juan, los ciegos ven, los cojos andan,* etc. ¿Quién no ve que la profecía de Isaías se cumplió al pie de la letra en Jesús de Nazaret?

6ª Profecía: «Ved que enviaré, dice el Señor por medio de Jeremías, a una multitud de pescadores que pescarán a los hombres» (16,16). Jesús eligió por apóstoles a unos pescadores, diciéndoles: *«Seguidme y os haré pescadores de hombres»* (Mt. 4,19). Y los doce apóstoles se apoderan del mundo entero, lo van sacando del océano del error, del crimen y de la idolatría, y lo van precipitando en el océano de la verdad, de la virtud, de la gracia y del cielo.

25

7ª Profecía: Zacarías (cinco siglos antes) dijo que Jesús entraría en un asnillo

triunfalmente en Jerusalén, y esta profecía se cumplió el domingo de Ramos, pues así lo dice el evangelista: *«Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta»* (Mt. 21,4-5).

8ª Profecía: También el profeta Zacarías anunció la traición de Judas, quien vendería a su Maestro por treinta monedas de plata, y San Mateo (haciendo referencia a la profecía de Jeremías, que se completa con la de Zacarías), dice: *«Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: Tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fue tasado, al que pusieron precio los hijos de Israel, y las dieron por el campo del Alfarero, según me lo ordenó el Señor»* (Zac. 11,12-13; Jer. 32,9 ss. 18,2).

26

9ª Profecía: El rey David en el salmo 2 predice que los grandes de la tierra se sublevarían contra el Mesías, y luego vemos en los Hechos de los Apóstoles, cumplida esta profecía: *«Porque en verdad se juntaron en esta ciudad* (en Jerusalén) *contra tu Hijo Jesús, a quien ungiste: Herodes y*

Poncio Pilato con los gentiles y los pueblos de Israel (4,27).

10ª Profecía: En el salmo 22,19, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesús, pues en Jn. 19,21 leemos: *«Para que se cumpliera la Escritura: se repartieron mis vestidos, y echado suerte a mi túnica».*

11ª Profecía: En el salmo 69,22, se lee: *«Me han dado hiel por alimento, y en mi sed me dieron a beber vinagre».* Esta profecía se cumplió en Jesús: *«Llegados a un lugar llamado Gólgota, o sea, el Calvario, le dieron a beber vino mezclado con hiel»* (Mt. 27,33).

27

12ª Profecía. Los profetas y especialmente Isaías han predicho que el Mesías cargaría con nuestros pecados y sufriría por nosotros y refiere la paciencia con que había de aguantar los ultrajes, y explica claramente las circunstancias de la pasión de Jesucristo, que, más bien que profeta, parece evangelista y testigo.

Léase el capítulo 53 de este profeta y

lo que dice: *«Despreciado, el último de los hombres, varón de dolores..., herido a causa de nuestras iniquidades... colocado entre malhechores, etc...»*. Si se compara este capítulo con los de la pasión del Señor, veremos que concuerdan en todos... y que Jesús fue puesto en la cruz entre dos malhechores, como dice el profeta siglos antes...

Las profecías dichas y otras muchas que podíamos enumerar, vemos que se cumplen en Jesucristo, y por tanto Él es el Mesías, y es Dios.

28

Jesús es Dios y hombre a la vez

Jesús demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías, propias de sólo un Dios. Él es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo, y aparece como persona histórica que nace en Belén de Judá y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato (Mt. 2,1; Jn. 19,1).

En los Evangelios podemos ver la vida de Jesucristo, y cómo, después de pasar

treinta años de vida oculta en Nazaret, empezó su vida pública recorriendo todos los pueblos de Palestina...

Uno que recorra ahora Tierra Santa, la antigua Palestina, el Israel de hoy, verá que aquella tierra, que es la patria de Jesús, o sea, donde Él nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo, todos los pueblos que Él recorrió nos hablan de su doctrina y de sus milagros.

29

En la Biblia —como ya hemos notado—, se nos dice frecuentemente que Jesús es el «Hijo de Dios», lo que equivale a decir que Él es Dios.

Ante Caifás que le preguntó si Él era «el Hijo de Dios», Jesús le contestó: *«Tu lo has dicho. Yo soy»*, y porque, según los judíos, esta expresión equivalía a decir: «Yo soy Dios», dijeron a Pilato: *«Nosotros tenemos una ley y, según ella, debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios»* (Jn. 19,7).

Fijémonos en los textos siguientes en los que Jesús llama a Dios su Padre: *«El Padre está en Mi y Yo en el Padre»* (Jn.

10,38). *«El que me aborrece a Mi, aborrece también a mi Padre»* (Jn. 15,23). *«El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió»* (Jn. 5,23). *«Todo me ha sido entregado por mo Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo»* (Mt. 11,27).

¿Quién no ve en estos textos la identidad de naturaleza en el Padre y el Hijo? Si el conocimiento que tiene el Hijo del Padre es igual al que el Padre tiene del Hijo, forzosamente tenemos que concluir que en ambos hay *igualdad de sabiduría y también igualdad de naturaleza.*

En consecuencia: Jesucristo es Dios, porque *el Hijo natural de Dios* es Dios, porque participa de la misma naturaleza divina, así como el *Hijo natural de un hombre* es hombre.

30

Jesús dijo también a sus apóstoles: *«Mi padre y vuestro Padre...»,* y conviene notar que nunca dice Jesús: *«Nuestro Padre y nuestro Dios...».* Él dice: «Mi Dios» como

nosotros podemos decir: «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo somos cosas distintas, lo mismo que «mi espíritu y yo, yo y mi cuerpo», por formar una sola y misma naturaleza. La relación de Cristo con el Padre es única, exclusiva, su naturaleza divina.

Fijémonos también en esta expresión de Jesús: *«Quien me ve a Mi, ve al padre»* (Jn. 14,9). *«Yo y el Padre somos uno»* = una misma cosa (Jn. 10,30), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de substancia, no de Persona, pues dice claramente: *«Yo y el Padre* (Personas distintas) *somos una sola cosa»*. Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle.

Se dirá: También la Escritura dice: *«El Padre es mayor que yo»* (Jn. 14,28); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios).

Notemos que Jesucristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es Mediador ante el Padre.

31

Otra frase de Jesucristo, que conviene tengamos presenbte, es ésta: *«Antes que Abraham fuera, YO SOY»* (Jn. 8,58). Notemos que en este texto Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, y demostró que era Dios, pues en Él hay un YO, una sola Persona divina y dos naturalezas. Por razón de la naturaleza divina, o como Dios que es, es anterior a Abraham (que había vivido unos 2.000 años antes que Él), y por razón de la naturaleza humana, como hombre, es posterior a Abraham y a la Virgen, de la cual quiso nacer.

De Jesús podemos decir que existió antes que el mundo, y así lo dijo Él: *«Padre glorifícame... con la gloria que tuve junto a Ti, antes que el mundo existiera»* (Jn. 17,5), y de hecho: *«Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho»* (Jn. 1,3).

32

¿Quién es Jesús para la ciencia racionalista?

Los llamados sabios racionalistas, que son los que prescinden de todo lo sobrenatural y hasta se empeñan en negarlo, vienen a decir de Jesucristo la frase que Napoleón dio al general Bertrand, cuando estaba desterrado en la Isla de Santa Elena: «Créame usted, yo conozco bien a los hombres; yo le digo que Jesucristo es más que un hombre».

Goethe: «Jesucristo es principio supremo de la moralidad».

Augusto Sabatier: «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás».

Renán: «Jesús ha creado el mundo de las almas puras. Nunca será sobrepujado».

Wernle: «Jesucristo era más que un hombre».

Tyrrel: «Jesús es el más semejante a Dios entre los hombres».

Straus escribió: «El Cristo no podía tener sucesor que le aventajase... Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que Él, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual».

Rousseau llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son la de un Dios».

Esto es lo que los incrédulos, pero a la luz de la llamada ciencia, sienten de Jesucristo. Si fuera lógica y verdaderamente sabia la ciencia racionalista, debiera confesarle por Dios.

33

¿Para qué vino Jesucristo a la tierra?

El profeta Isaías tenía anunciado que el mismo Dios en verdad *«vendrá y os salvará»* (35,4), y de hecho San Pablo nos dice: *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores»* (1 Tim. 1,15).

El mismo Jesucristo dijo: *«Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él»* (Jn. 3,16-17).

El nombre de «Jesús» indica su condi-

ción de Salvador: *«Le pondrás por nombre JESÚS, porque salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,21). El Símbolo a su vez nos dice: «Por nosotros y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó» (Nic.-Const. D.86).

Y ¿cómo fue llevada a cabo la obra de la Redención? Jesucristo la llevó a cabo con su pasión y muerte expiatoria en la cruz, y con su sangre ofreció a Dios una satisfacción condigna por el pecado... Ahora para que se nos apliquen los méritos de la Redención nosotros debemos cumplir sus santos Mandamientos.

34

Jesús, el Salvador, inocente, el más puro y santo que jamás ha pasado por esta tierra, el mayor bienhechor de la humanidad, pasa por ser «el varón de dolores», el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe... y puesto en la cruz, cuando tiene delante de Él a tantos que blasfeman y se burlan de él diciendo: *«Si eres Hijo de Dios baja de la cruz y creeremos en Ti»*, aparece como modelo de paciencia infinita, y en

esos momentos de dolor, en los que podía haber hecho que se abriera la tierra y los hubiese tragado vivos, como un día a Coré, Datán y Abirón, sólo tuvo palabras de perdón... y todo lo tolera porque nos ama (Gál. 2,20) y quiere alcanzarnos del Padre, mediante su pasión, perdón y misericordia, pues las características de esta su pasión fue un acto expiatorio por los pecados de todos los hombres, y por eso termina perdonando, vengándose así de sus enemigos con el perdón y el amor: *«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»* (Lc. 23,24).

35

El misterio de la Redención

Este es el misterio de Jesucristo muerto sobre la cruz para rescatarnos a todos. El quiso padecer y morir, como tenemos dicho, para satisfacer a la divina justicia por nuestros pecados y salvarnos.

Jesucristo, como leemos en la Biblia, nos ha rescatado o redimido del pecado *«no con plata y oro corruptibles, sino con su sangre preciosa, como cordero sin defecto*

ni mancha» (1 Ped. 1,18-19; Ef. 1,7). Lo admirable es saber que Cristo eligió el camino del sufrimiento para salvarnos.

36

Nuestro Señor Jesucristo padeció muchísimo durante toda su vida, y, al fin de ella, después de una cruel agonía en el Huerto de los Olivos, fue preso, tratado como loco, coronado de espinas y por último clavado en una cruz, sobre la que estuvo colgado tres horas padeciendo indecibles tormentos de cuerpo y alma; al fin inclinó la cabeza y expiró diciendo: *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»* (Lc. 23,46).

En la muerte de Cristo se oscureció el sol, se rasgó el velo del templo, tembló la tierra, las rocas se partieron, se abrieron los sepulcros y resucitaron muchos muertos (Mt. 27,51-53).

Estos milagros prueban que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios como lo confesaron el centurión y los que con él estaban al pie de la cruz (Mt. 27,54).

37

¿Cómo explicar el gran misterio de la pasión de Jesucristo? ¿Cómo es posible que un Dios sufra y muera por el hombre?... Este misterio sólo se explica a la luz de la misericordia infinita de Dios.

Jesucrsto dijo que *«no había mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13)... y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos? En la Biblia se nos revela que *«tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que todo el que crea en Él no perezca»* (Jn. 3,16). *«Cristo padeció por nosotros...»* (2 Ped. 2,21). *«Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros»* (Gál. 2,20).

Jesucristo es la suma bondd. Él *«pasó haciendo bien a todos»* (Hech. 10,38)... Él es el samaritano misericordioso que se acerca a nosotros, la humanidad caida... y desea nos acerquemos a Él mediante el arrepentimiento y la confesión de nuestros pecados.

Segunda Parte

¿QUÉ NOS DICE JESUCRISTO?

38

Ejemplo os he dado (Jn. 13,15)

Jesucristo empezó a predicar primeramente con el ejemplo y después con la palabra (Hech. 1,1), y Él nos dice: «*Ejemplo os he dado*» (Jn. 13,15), y ha querido dárnoslo porque nosotros necesitábamos un modelo para saber cómo debemos vivir acá abajo en la tierra la vida divina de la cual Él nos habla.

El ejemplo pide imitación, y ¿en qué podemos imitarle? En todo. En Dios hay cosas que no podemos imitar, como sería copiar sus atributos de eternidad, omnisciencia, inmensidad, etc., mas en Jesucris-

to, verdadero hombre, todo debe servirnos de modelo, y por esto quiso Él encarnarse.

Un verdadero artista para pintar siempre tiene delante la imagen o modelo y mira a él. Así, si nosotros queremos copiar los rasgos de la vida de Cristo, hemos también de tenerlos delante de nosotros para poderlos imitar, de lo contrario, si los tenemos presentes, y no los imitásemos, seríamos falsos cristianos.

Como la vida de Jesucristo la tenemos en el Evangelio, para que nos sirva de ejemplar modelo, debemos leerlo y meditarlo con frecuencia, y si lo hacemos, reconoceremos que Él es santo y sabio, y que es Dios.

Sólo Jesucristo pudo retar a sus enemigos con estas palabras: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn. 8,46). Todo nos habla de la santidad de Jesucristo: su doctrina, su conducta ejemplar, sus milagros...

San Agustín dice: El mismo Jesucristo nos propuso el ejemplo según el cual hemos de vivir en esta vida, y el premio de nuestro modo de vivir que nos dará en la vida futura».

39

¿Cómo hemos de imitar a Jesucristo? San Francisco de Asís en su Regla habla de «seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo», de «aficionarnos a sus palabras, a su vida y a su santo Evangelio», de «observar el Evangelio santo de Cristo».

Todo esto lo debemos tener presente, pero primeramente nos interesa fijarnos en sus profecías cumplidas, para que así demos más plenamente fe a todas sus enseñanzas.

Sólo Dios conoce el provenir de los acontecimientos futuros, como hemos podido observar en las profecías del Antiguo Testamento; mas, como también Jesucristo los anunció con toda precisión, esto nos demuestra que Él no es un simple hombre, sino también Dios.

Jesucristo veía el lejano porvenir, como lo demuestran sus numerosas profecías y que están diseminadas por las páginas del Evangelio. Entre otras profecías tenemos las que hizo a sus apóstoles sobre la Pasión, y todas se cumplieron al pie de la letra. De éstas y de la profecía que hizo sobre la destrucción de Jerusalén, las iremos enumerando.

40

Jesús conoce el porvenir

Jesús conoce los acontecimientos futuros y sus profecías se verifican: Así predice la pasión a sus apóstoles: *«Mirad: subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos pontífices y escribas y le condenarán a muerte, le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará»* (Mt. 20,18-19). Esta profecía se cumplió al pie de la letra como puede leerse en el relato de su Pasión. El ángel dijo: *«Resucitó, no está aquí»* y luego se apareció a muchos: a Pedro, a la Magdalena, a todos los apóstoles, etc.

Otras profecías: Al dirigirse Jesús con sus apóstoles hacia el monte de los Olivos, les dijo: *«Todos vosotros me abandonaréis en esta noche, porque escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño»* (Zac. 13,7); mas después que resucité, iré delante de vosotros a Galilea. Dijo Pedro: *Si todos te abandonan, yo jamás te abandonaré: Jesús le respondió: En verdad te digo que esta misma noche, an-*

tes que el gallo cante, me negarás tres veces» (Mt. 26,30-35) y así sucedió como puede leerse en este mismo capítulo.

Aquella misma noche anunció también la traición de Judas: *«En verdad os digo, que uno de vosotros me entregará»*... (Véase el mismo capítulo). Dejadas otras muchas profecías pasemos a la siguiente.

41

Profecía sobre la destrucción de Jerusalén

Jesús, nuestro Señor, veía el lejano porvenir con la mirada del Omnisciente, como lo demuestram las numerosas profecías que hizo, que están diseminadas por las páginas del Evangelio. entre ellas tenemos una muy notable, la que anunció el destino de Jerusalén.

El domingo de Ramos, cuano entraba Jesús triunfalmente en Jerusalén, desde el monte de los Olivos derramó lágrimas diciendo: *«Si conocieras al menos en este día lo que había de darte la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán*

días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras... y a ti y a tus hijos los abatirán... y del templo no quedará piedra sobre piedra» (Mt. 23,38). Y ¿qué sucedió? que la profecía se cumplió el año 70 los ejércitos romanos la arrasaron. Vamos a seguir brevemente la narración de este hecho tal como nos lo presenta el historiador Flavio Josefo en su libro la «Guerra Judaica».

42

Jesús había anunciado a sus apóstoles terremotos, hambres, pestes, persecuciones, prodigios aterradores, que sobrevendrían y cómo caerían a filo de espada judíos y serían llevados cautivos entre todas las naciones y Jerusalén sería hollada por los gentiles... (Lc. 21,5-24).

Flavio Josefo empieza hablando de los espantosos presagios del fin de la ciudad: conatos de rebelión de falsos Mesías, sediciones, guerras entre los pueblos, temblor de tierra, hambre, peste, señales y tremendos fenómenos en el firmamento, persecuciones de los discípulos y como señal últi-

ma huestes aguerridas cercando Jerusalén. Al pie de la letra se verificaron los presagios uno tras otro.

En tiempo de Cestio Galo (año 66 d.C.) se puso por vez primera cerco a Jerusalén. Fue el último paso para la destrucción; así lo entendieron los discípulos de Cristo como lo demuestra el hecho de abandonar Jerusalén y la Judea y huir a las montañas que se hallan en los confines de Siria.

43

Entonces vino el fin trágico. El ejército de Galo fue atacado por los Judíos y sufrió dura derrota. Entonces Vespasiano, el recién nombrado jefe de los romanos fue con 70.000 hombres contra la ciudad, en que había estallado una horrenda guerra civil. El campamento romano distaba unos 200 metros del Gólgota, de la colina en que treinta y seis años antes murió el Señor. Entonces se hizo una fosa en torno de la ciudad, para cortarle toda comunicación; fue *«estrechada por todas partes»*, siendo así «estrechada por todas partes» en sentido literal de la frase.

No tardó en llegar el hambre espantosa, la crucifixión de los que fueron capturados por los romanos, a veces 800 en un solo día, escenas horrendas en la ciudad sitiada donde las mujeres comían a sus propios hijos, y cadáveres innumerables despedían un hedor insoportable...

44

El 17 de julio del año 70 fue sitiada la torre Antonia; el 8 de agosto fueron incendiadas las dependencias exteriores del templo. El general Tito dio orden de respetar el templo, mas también en este punto habían de verificarse las palabras de Jesús (Lc. 21,6). Los judíos intentaron una última salida; y entonces, en medio del general desconcierto, un soldado romano, levantado en alto por sus camaradas, arrojó una antorcha encendida a la parte norte del templo.

La madera seca de cedro se encendió inmediatamente, y pronto aquel grandioso edificio, en el que estaban refugiados unos seis mil judíos, se cubrió por completo de llamas. Impotentes, indiferentes miraban

los soldados romanos la destrucción que iba causando el voraz elemento.

«En medio del chisporrotear de las llamas y los gritos de júbilo de los vencedores, se oían los estertores de los moribundos. Sacerdotes, mujeres, niños, ancianos, todos murieron junto al altar. Por la escalinata del templo corría la sangre; 6.000 fugitivos se ahogaron entre las llamas, muchos de ellos se lanzaron espontáneamente en medio del fuego... Sobre las ruinas del templo incendiado y derruido izaron los paganos su señal de triunfo. Entonces Tito ordenó destruir toda la ciudad...».

45

Después millares y millares de rebeldes fueron ejecutados por orden de Tito, muchos fueron enviados a las minas de Egipto, otros vendidos como gladiadores o esclavos. Una ley prohibió a todo judío pisar o mirar siquiera el lugar donde antes se hallaba Jerusalén. Es el fin de la ciudad y de la nación judía...

Lo que treinta y seis años antes nadie sospechaba, ni siquiera podía considerarse

posible... lo anunció Cristo minuciosamente, y todo se verificó ciertamente como Él lo predijo.

Consecuencias: Quien no ve la divinidad de Cristo a la luz suave de sus enseñanzas y milagros, ha de verla a la luz de la Jerusalén incendiada. ¿Quién es ese Cristo que con tal precisión anuncia la muerte de la ciudad, que va a clavarle a Él en la cruz?

El historiador Eusebio dice: «si alguno compara las palabras de nuestro Salvador con las de Flavio Josefo, que describe toda la guerra judía, ¡cómo habrá de admirar la presciencia y las profecías de nuestro Salvador y reconocer que todo eso es verdaderamente divino e indeciblemente maravilloso»!

Y otra cosa todavía: Si este mismo Cristo juntamente con esta profecía hace otra referente al fin de los tiempos, ¿no ha de realizarse esta última al pie de la letra, como la primera? (Véase Lc. 21,25-26).

46

Juliano el Apóstata para desvirtuar la

frase de Cristo referente al templo: *«He aquí que vuestra casa va a quedar desierta»*, y tacharla de falsa públicamente, concibió el plan de reconstruir de nuevo el templo. Los mismos judíos aplaudieron el proyecto y se dio comienzo a los trabajos; mas al poco tiempo tuvieron que renunciar a su realización.

Los antiguos relatos señalan como causa una serie de sucesos maravillosos que destruyeron las máquinas y pusieron en fuga a los obreros, porque aparecieron ráfagas impetuosas de viento, rayos, terremotos y fuego que salían de los cimientos. Entre los escritores que narran este hecho, tenemos: a Sócrates, Teodoreto, Gregorio Nazianceno, un historiador pagano, llamado Amiano Marcelino, y otros.

ENSEÑANZAS DE JESUCRISTO

47

1) **«Es preciso orar siempre y no desfallecer»** (Lc. 18,1)

Esta recomendación de Jesucristo es de suma importancia. Orar es hablar con Dios,

tratar íntimamente con Él, amarle, suplicarle, pedirle bienes y darle gracias por los beneficios recibidos... El nos ha creado y redimido y por ser hechura suya dependemos de Él, justo es que vivamos en relación con Él y le demos gracias, le alavemos y pidamos lo que necesitamos...

Y ¿cómo orar siempre y sin interrupción? San Basilio dice: «El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración». Pío XII dijo: «La oración es la respiración del alma», y así cuando comemos o dormimos estamos respirado, y ¡pobres de nosotros si no fuera así!... Si dejamos de respirar, moriríamos... Pues bien, la comida y el sueño podemos convertirlos en oración.

Así, al despertar, al levantarnos, ofreced a Dios vuestro primer pensamiento. Id al trabajo: empezadlo ofreciéndolo a Dios, y vuestro trabajo será una continua oración... Los apóstoles pidieron a Jesús que les enseñase a orar. Y el Señor les enseñó el Padrenuestro... Orar no es sólo pedir, sino también alabar al Señor y darle gracias... y lo que pidamos con la condición de «si nos conviene»... Jesús dice: *«Pedid y recibiréis...»*, y si alguna vez no obtenemos lo

que pedimos es porque pedimos mal y faltan estas condiciones: Atención, humildad, confianza y perseverancia.

Para meditar puedes leer despacio una página vg. del Evangelio y reflexionar sobre lo que lees y sacar alguna consecuencia... También puedes hablar con Dios por medio de jaculatorias...

48

Ejemplo. ¿Cuántos métodos tiene usted para aprender inglés? —preguntamos en una librería—. Por toda respuesta nos enseñaron un estante, y en él pudimos contar veintisiete métodos diversos, entre grandes y chicos. Preguntamos después cuál era el mejor. El dependiente, sonriendo, nos respondió:

—Tome el que quiera, que tan malo es uno cualquiera como los demás. ¿Entonces? —Si quiere usted aprender a hablar inglés váyase a donde lo hablan y hable. Todo lo demás huelga.

Varias veces nos hemos acordado de esta respuesta cuando alguien nos ha preguntado cuál es el mejor libro para apren-

der a orar... Todos serán lo buenos que se quiera, pero nada puede compararse con la práctica. Orar es la verdadera manera de aprender a orar.

49

2) «Amarás al Señor tu Dios...»

Jesucristo dice: *«Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y primer mandamiento»* (Dt. 6,5; Mt. 22,37-38). Este mandamiento es el fundamento de toda la ley moral, el mandamiento principal, el primero en absoluto. La ley natural, la ley mosaica y la ley cristiana lo imponen como primer deber.

Dios, Dueño y Señor nuestro, nos dice que la felicidad tanto temporal como eterna está en el cumplimiento de sus mandamientos, los cuales forman el «Código de la felicidad». Los mandamientos que Dios dio a Moisés en el monte Sinaí, son los mismos que ahora tnemos nosotros, pues Jesucristo los perfeccionó y los llevó a la plenitud del amor: amor a Dios y amor al prójimo.

Y ¿cómo hemos de amar a Dios? Sobre todas las cosas y antes perderlas todas que ofenderle gravemente: vg. si todas las cosas del mundo se colocasen en una balanza y Dios en otra, antes perder todas las cosas del mundo que ofender a Dios y perderle por el pecado mortal.

El Ángel enseñó a los «pastorcitos de Fátima» la siguiente oración: «Dios mío, creo en Vos, os adoro, espero en Vos y os amo. Os pido perdón por los que no creen ni adoran, ni esperan, ni os aman».

50

Ejemplo. Era un hombre frívolo e indolente que no amaba a Dios; y Francisco de Asís había venido a la tierra para encender el corazón de los hombres en ese amor.

Un día le tomó consigo y no dijo más que esta palabra: «Ven». Le llevó por un sendero muy largo y estrecho sin decir palabra. El hombre le seguía admirado. Al fin, en una encrucijada, encontraron un hombre echado en el suelo, ciego y paralítico.

El santo se puso delante de él. —Dime,

hombre, le preguntó: Si yo te devolviera de pronto los ojos y el uso de tus miembros, ¿me amarías?— ¡oh —contestó el mendigo—, no sólo te amaría sino que sería esclavo tuyo toda la vida!

Francisco se volvió al hombre indolente y frívolo, y le dijo: —¿Ves? Este me amaría a mi si le devolviera el uso de sus sentidos; pues ¿por qué no amas tu a Dios, que te los ha dado perfectos?

Reflexionemos un poco, y veamos cuántas gracias debemos a Dios por los beneficios recibidos.

51

3) **Dios nos ama: «Tanto amó Dios al mundo...»**

Porque Dios nos ama, justo es que correspondamos a su amor. *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo..., para que el mundo sea salvo por Él»* (Jn. 3,16-17). *«Dios es amor»* (1 Jn. 4,8 y 16). «Es propio del bien comunicarse a otros..., por tanto el propio del bien sumo, comunicarse de modo sumo a sus criaturas» (Santo Tomás).